

IV

LA CASA LLENA

Aquella noche de baile, en las primeras horas de la madrugada, mejor dicho, todos los restaurants donde en París se cena fueron literalmente tomados por asalto. Era aquello una verdadera invasión, no precisamente de gastrónomos, pero sí de hambrientos, y sobre todo de sedientos. Hubiérase dicho que París sentía la necesidad de consumir mucho champaña para tonificarse, para ponerse en disposición de soportar, con relativa entereza, las tres últimas semanas del período cuaresmal.

Las puertas de los sitios en donde por entonces se comía, mejor ó peor, estaban atestadas, y la entrada se ganaba á costa de codazos y de empujones dados y sufridos con equidad y resignación muy relativas. En el restaurant Baratte sobre todo, la afluencia era verdaderamente enorme.

La vizcondesa de Aubinesco y sus compañeras, magníficamente prendidas, entraron en él; hallábanse un tanto confusas, arrepentíase de haberse despojado de sus dominós, y ruborizábanse, sin poderlo evitar, oyendo los chicoleos, no todos del mejor gusto, de que las personas que ocupaban la sala baja las hicieran objeto al pasar ante ellas para ir en busca de la estrecha escalera del fondo por la que subieron hasta el primer piso.

Llegadas á él penetraron en el gabinete Pompadour, instalándose todos enseguida en torno á una mesa cuyas cabeceras ocuparon Jaffary y Jorge de Mercœur. Y he aquí que apenas habían tenido tiempo de sentarse, cuando una voz formidable rugió á la puerta de la calle y casi inmediatamente en la misma escalera haciendo temblar hasta los cristales.

— ¡Ah de la posada! — gritaba la voz.

Uno de los mozos, la servilleta al hombro, se lanzó para recibir al singular cliente.

— ¡Por aquí, señor, por aquí! — dijo, tratando de abrir paso á los que llegaban.

— ¡Tabernero del diablo! — pronunció la voz estentórea. ¿Hay ó no sitio aquí para el rey?

— ¿Para el rey, señor? — preguntó el mozo estupefacto.

— Sí, para el rey, inmundo bodegonero, y para la elegida de su corazón.

Hubo gritos, voces, carcajadas, insultos. El mozo no sabía de qué lado volverse. Un chusco gritó entonces:

— La elegida del corazón de un rey no puede ser otra que la República.

— ¿Qué haces ahí empantanado, envenenador; entramos ó no entramos? — insistió la voz tonante. — Llevamos en nuestra compañía al hijo de Venus.

— ¿Vayan ustedes al diablo! — dijo el mozo dando media vuelta. Pero el de la voz gruesa, como si nada hubiera oído, continuaba enumerando su cortejo:

— Y á un postillón elegante, y á un paleta de Bretaña y á un clown cata-salsas...

— Chilla, chilla, que ya te cansarás.

— Y á sus concubinas lava-platos...

Oíanse por todas partes gritos de ¡bravo! y en la sala común resonaron grandes aplausos.

En el gabinete Pompadour también se había prestado atención al naciente escándalo.

— Me parece que esa es la voz de Pedro, — dijo Edmée, mirando á sus compañeros.

— ¿De Pedro? — preguntó la vizcondesa.

Jorge soltó la carcajada.

— ¡Goddam! — dijo después. — Ese Pedro, ilustre

amiga, es el ayuda de cámara de mi tío el marqués; y su acompañamiento, del que acaba de hacer tan pomposa enumeración, se compone sin duda de todos los servidores de la casa... Oigan, oigan ustedes.

La escalera resonaba bajo las pisadas de un grupo, sin duda numeroso, que subía en aquel momento marcando el paso con gran estrépito, pero con método, cantando al mismo tiempo á coro la amorosa seguidilla de *Lena*.

— Por lo visto el establecimiento ha sido tomado por asalto por su majestad, la elegida de su corazón y su imponente cortejo; — dijo riendo Jaffary.

Dos voces femeninas dominaban en el coro.

— Juraría que una de las que cantan es Claudina; — dijo Amy.

— ¡Vaya si lo es! — replicó su hermana. — Y la otra Pauleta. Pues, señor, no está mal...

Edmée guardó silencio, porque alguno de los de la banda alegre acababa de golpear á la puerta del gabinete como con intención de abrirla.

— Como hay Dios, — dijo una voz emocionada — que ahí detrás huele que es una bendición; lo mismito que en casa de la baronesa.

— ¡Eh, señores! — dijo otra voz, probablemente, la de un mozo. — ¡Que ese gabinete está ocupado!

— ¿Por quién?

— Por señoras y señores.

— ¿También ahí? Pues diga usted que este figón es una casa de compromiso... Bueno pues vamos más arriba; la cuestión es cenar, sea donde sea.

De nuevo se oyeron las patadas en la escalera y el coro recomenzó con más brio que la primera vez.

Por no perder su costumbre de asustarse de todo, cosa que le ocurría desde la trágica muerte de su madre, Yvona pasó un mal rato, llegando á sentir verdadero miedo.

Amy, para animarla y hacerla sonreír exclamó entonces:

— ¡De buena nos hemos librado! Mira tío que hubiera tenido que ver, nuestros criados invadiendo este cuarto y encontrándonos aquí. Me figuro las caras que habrían puesto... ¡Como las nuestras!

— Por fortuna — interrumpió la vizcondesa de Aubinesco alargando el brazo para servirse cangrejos, — nos hemos librado de su visita; aprovechemos pues el tiempo, y si es que estos señores no están de más para oír la historia del tesoro, conste que me gustaría mucho saber á qué atenerme respecto de ese particular, antes de que me entre el sueño.

— Estos caballeros no están demás, señora.

— ¿Qué te pasa? — preguntó Edmée observando que su hermana se volvía bruscamente.

Esta, sin contestar, procuraba cerciorarse. Habíale parecido oír detrás de ella un ligero ruido, semejante al que produce una barrena al atacar la madera. ¿Ilusión? Tal vez. Sea como fuese, Amy no pudo deducir si se había ó no equivocado, pues el único ruido que llegó hasta ella fué la voz de un cliente que preguntaba á un mozo en el corredor.

— ¿Está ocupado el gabinete Pompadour, Francisco?

— Sí, señor Bugle; y el gabinete indio también; — respondió la voz del mozo. — Como no quiera usted el cupé japonés...

— Pero podremos meternos los tres en él — preguntó ansiosamente el llamado Bugle.

— Sí, hombre, sí, no te ocupes de eso; — contestaron voces frescas y femeninas. — Mira, yo me sentaré en tu pierna derecha.

— Eso, y yo en la izquierda.

— Si no hay otro remedio... Pero hubiera preferido uno de los dos gabinetes; — observó la voz del llamado Bugle.

El mozo bajó la suya para replicar:

— ¡Lo que es hoy, imposible! Uno de ellos está ocupado por una familia, y el de al lado por dos conspiradores con caras patibularias.

Oyóse en esto ruido de una puerta que se abría y se cerraba de nuevo, y en el corredor se restableció la calma, turbada sólo por los cantos que resonaban en el segundo piso, en la sala grande del cual habíanse refugiado los turbulentos noctámbulos que llegaran poco antes.

Amy, que estaba en todo, hubo de espigar un dato

interesante, de la conversación brevísima que acababan de sostener en el corredor un mozo y un cliente. El gabinete indio estaba pared por medio con el Pompadour, y lo ocupaban dos personas de cara patibularia, según el dependiente.

En el llamado cupé, que no era otra cosa que la mitad de un gabinete separado de la otra mitad por un tabique de madera, Domingo Bugle, redactor-jefe de *El Alba* y poeta á ratos perdidos, hablaba con sus dos invitadas Diana y Rhoda, vestida aquella de bebé y esta última de bandera franco-rusa.

— Pidan ustedes, háganse servir lo que se les antoje... Aunque mi bolsa se queje, cuando se trata de asuntos serios mi generosidad hace oídos de mercader.

Rhoda sonrió.

— ¿Asuntos serios? — dijo. — ¿Sabes que tus palabras no son que digamos muy tranquilizadoras, vejete?

— Déjate de tonterías y come y calla. Y tú lo mismo Diana. Cuando estéis bien á punto me permitiré tomaros una interview.

— ¿Tomarnos qué? — preguntó Rhoda.

— ¡Una *in-ter-viu!* — silabeó Diana.

Y ambas, como si temieran algo, dijeron á dúo.

— Es que nosotras no tenemos de eso.

La palabreja inglesa, cuyo significado ignoraban, la había puesto en guardia, y hécholes recordar el crimen de la vispera.

Volvamos al gabinete Pompadour.

La vizcondesa de Aubinesco, observando la actitud, para ella incomprendible de Amy, hubo de preguntarle.

— ¿Pero que es eso, señorita; está usted hipnotizada?

Amy se sobrepuso.

— No, señora, — dijo; — pero me parece que hubiera sido más prudente que cenáramos en casa de usted.

— ¿Por qué?

— Porque en esta clase de establecimientos las paredes oyen, y no creo que convenga confiarles ciertos secretos de importancia.

— Si es que ha descubierto usted alguna cosa, dígalo con franqueza. Porque si no es así, voy á sospechar que

lo que usted busca es un pretexto para no cumplirme lo prometido.

Y al decir esto la curiosa vizcondesa amenazaba sonriendo y cómicamente con el dedo á la hermosa Amy.

— Vamos á ver, Yvona, — dijo enseguida — y usted también Edmée, y ustedes, señores, juremos todos no revelar á nadie, absolutamente á nadie, el secreto que vamos á oír.

Amy se echó á reír.

— Conste — dijo — que al hablar de oídos indiscretos no me refería á los que puedan abrirse en este cuarto, sino á otros que pueden escuchar desde fuera de aquí. Para evitar pues torcidas interpretaciones me apresuraré á cumplir la palabra dada á la vizcondesa, advirtiéndole á usted previamente de que mi relato estará en absoluto desprovisto de emocionante interés.

Dicho esto detúvose Amy un momento, porque su hermana, con gran desesperación de la vizcondesa, acababa de exclamar con cierto dejo de envidia mal disimulada:

— Claudina y Pauleta se divierten de lo lindo por allá arriba... ¿No oyen ustedes el jaleo? ¡ Si parece que se va á hundir el techo!

En él resonaba en efecto el galop frenético de una banda de locos, al compás de una música que resultaba del conjunto de tres ó cuatro voces masculinas horriblemente desentonadas. Yes que el galop es danza indispensable en Carnaval, sin la cual toda alegría parece imposible. La de las gentes del piso superior debía ser delirante á juzgar por el formidable estrépito que armaban; y entre esas gentes hallábanse los servidores del marqués Trogoff de Kerbiroët, cuyas voces habían reconocido, desde que entraran, las dos hermanas Amy y Edmée. No debían ser muchos en número sin embargo; unos diez, según lo que podía colegirse desde el gabinete Pompadour. Pero era lo cierto que saltaban, aullaban y se movían como si hubieran compuesto un ejército; hasta el punto de hacer retemblar toda la casa.

Amy comenzó su relato:

— Ya sabe usted, señora, por lo que el marqués le ha dicho y por lo que ayer noche refirió el doctor A... en

casa de usted que nuestra infancia la pasamos en Córcega, amparadas, recogidas y educadas por los excelentes esposos Akmet, quienes se ingeniaban para hacernos olvidar la sensible pérdida de nuestros padres, y por el hijo de ambos, Ali-Akmet que fué para nosotras un profesor y un hermano. Pero lo que usted ignora es lo pesado, lo peligroso y comprometido de la carga que hubo de aceptar el buen Akmet, el padre, al hacerse cargo de nosotras dos. Figúrese usted que tenía á su cuidado la custodia de un tesoro inmenso, él, que era pobre como un cartujo.

A espaldas de Amy prodújose en este momento un ruido ligero, seco, como si acabara de ser perforado el papel que recubría el tabique de madera. Como si no se hubiese enterado de tal cosa, la joven continuó su relato, si bien lo hizo en voz más baja de la que hablara hasta entonces.

— Debíamos tener unos once ó doce años Edmée y yo, cuando una especie de terror supersticioso pareció atormentar de pronto á nuestro padre adoptivo; él, no decía nada, temeroso sin duda de tener que confesar la causa que lo producía en el caso de confesar ese miedo de que hablo, pero no sabía ni podía ocultarlo, y se comprende. Peligraba el tesoro confiado á su honradez, temía por él, y no le era posible, por otra parte, revelarnos la existencia del mismo hasta el momento de cumplir los diez y ocho años. También, según parece, corría peligro nuestra existencia. Por lo menos ese fué el pretexto que dió Akmet para justificar nuestra instalación en París; aunque en realidad no dejó de extrañarnos el que el pobre hombre, que en su vida había abandonado el jardín en que trabajaba, se diese de pronto á viajar y á recorrer la Europa en todas direcciones.

— Bien, pero el tesoro de la Misericordia... — interrumpió la señora de Aubinesco.

— A eso voy. Malas lenguas, que nunca faltan, han dicho que el marqués de Kerbiroet había realizado una excelente operación financiera al encargarse de nosotras y hospedarnos bajo su techo. Creo inútil decir á ustedes que no hay tal cosa. Sin embargo la tal especie no carece en absoluto de fundamento. Me explicaré. La acción her-

mosa y altruista del marqués, no perjudica en lo más mínimo, ni grave en un céntimo siquiera, la fortuna del señor de Kerbiroet. Por otra parte, y esto lo sabemos sólo desde ayer, víspera de nuestro décimo-octavo aniversario, lo que ha hecho el marqués ha sido continuar sencillamente la obra comenzada por el viejo Akmet, instituirse en custodia del tesoro y dejar que se acumulen al capital los intereses sin dar á aquél destino alguno, á fin de que tenga en último término el que le está señalado desde hace mucho tiempo.

— ¡Goddam! — exclamó Jorge. — Refiere usted de una manera maravillosa. Pero ¿no hay nada de hipébole en ese relato? Lo digo porque á juzgar por lo que acabamos de oír, el patrimonio inmenso de mi respetado tío el marqués resulta casi una miseria comparado con las riquezas de ustedes.

— Pues así es en efecto, Jorge.

— ¿De modo que la fortuna de ustedes es fantástica? ¡God by!

— Fantástica, sí, señor; esa es la palabra.

— Pero si tan grande es — dijo á su vez la viscondesa — debe ocupar un espacio considerable, y no creo que haya en París casa de banca bastante espaciosa para contenerla.

Amy contestó á la inocente observación de la vizcondesa.

— En otros tiempos — dijo — el tesoro de la Misericordia ocupaba en realidad un espacio inmenso, tanto, que apenas si bastaba á contenerlo la nave de una catedral subterránea. Pero el viejo Akmet, que quería á todo trance defender el tesoro cuya custodia le confiara un muerto, tuvo una idea verdaderamente genial. El tesoro de Fra-Diávolo — y esto es lo que más extrañará á ustedes — está ahora oculto en un mueble, en uno solo, del tamaño de un escritorio ordinario.

— ¿Y dónde está ese mueble? — preguntó con cierto embarazo la vizcondesa, temerosa de rebasar los límites impuestos por la discreción.

— Ese mueble se encuentra en el cuarto que ocupa el marqués de Kerbiroet en su hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia.

El joven Jaffary, absorto por la presencia de Yvona de

Eparville, había escuchado con poca atención el relato de Amy; sin embargo, hubo de fijarse en las últimas palabras, y como era hombre práctico, analista y aficionado á detallar preguntó con interés:

— Existe aún esa catedral subterránea que fué la primera caja, digámoslo así, de Fra-Diavolo? No sabe usted lo que daría por verla. Debe ser muy curioso!

— Si algo queda de ella — contestó la joven cuyo cuello examinaba atentamente Jaffary admirando la línea roja del collar sangriento que él no había tenido ocasión de ver nunca, — si algo queda de ella debe ser una enorme cisterna. ¿Se extraña usted de eso? Pues no tiene nada de particular; porque es el caso que el viejo Akmet, después de colocar en sitio seguro el tesoro con paciencia y habilidad insospechables en un hombre de tan escasa instrucción, quiso desorientar en absoluto á aquel cuya codicia y sagacidad temía, é inundó el subterráneo que se encuentra á un nivel inferior del río Tavaria y muy cerca del mismo.

En este momento sucedió una cosa extraña. Yvona dió de pronto un grito y se volvió rápidamente, alarmando no poco á cuantos con ella se encontraban.

Era que la pared de madera que separaba el gabinete en que cenaban del que se hallaba contiguo, había resonado con ruido sordo, como si en ella se hubiese apoyado bruscamente alguien que se encontrase en peligro de caer al suelo. Inmediatamente oyóse de modo distinto el golpe que al derrumbarse produce una silla pesada ó una butaca.

Los dos hombres se levantaron.

— Parece que se pegan aquí al lado; — dijo Jaffary.

— Bah! algún borracho que habrá rodado bajo la mesa; — replicó Jorge. — En todo caso no se ha prolongado mucho la disputa, porque ya no se oye nada.

En efecto, en el gabinete contiguo reinaba al parecer profundo silencio; es decir, que nada se oía, aunque á decir verdad gracias al ruido infernal ocasionado por los criados que se divertían en el piso superior, no era posible afirmar nada en concreto.

— Supongo — dijo la de Aubinesco una vez terminado el incidente de la butaca — que vienen ustedes á acostarse en mi hotel.

— ¡Chut! — pronunció en voz baja Amy: — Si usted no ve en ello inconveniente, Jorge va á pedir la cuenta. Creo que hemos permanecido en este restaurant más de lo conveniente.

Jorge de Mercœur apoyó el dedo en un timbre eléctrico, no tardando en presentarse el mozo.

— Oiga usted, *boy*, — le dijo el clubman á media voz — ¿Podría usted decirnos qué clase de vecinos tenemos al lado?

— Nadie, señor, el gabinete está vacío.

— ¿Cómo vacío? ¡*God by!* Entonces hay duendes en la casa, porque acabamos de oír el ruido que produce un mueble al caer.

— ¡Y han oído ustedes bien! Al caer la butaca había alguien en el gabinete; pero como se fueron enseguida los que lo ocupaban, por eso digo que ahora está vacío.

— Y qué gente era esa, vamos á ver.

— Extraña, señor, muy extraña; ¡y con unos trajes más raros!... Pero eso no tiene nada de particular en noche de baile.

— Bueno, pero ¿cuántos eran, qué se han hecho?

— Pues eran dos, señor, y supongo que han ido á acostarse... Aunque vaya usted á saber, ya comprende el señor que no me han dicho donde iban.

— Está bien; déme usted la cuenta.

Acababa apenas de salir el camarero cuando Amy se puso en pie.

— ¿Qué hace usted, hija mía? — preguntó la de Aubinesco viendo á la joven examinar con atención el tabique de madera.

Amy no contestó y ocupada como estaba no sólo en examinar atentamente el papel cuero que cubría el tabique sino en pasar su mano de arriba abajo, en el espacio de un metro cuadrado. Y como sin duda no encontró lo que buscaba, arrojando una silla á la pared subió en ella y repitió un poco más alto su detenida investigación. Vióselo de pronto levantarse sobre la punta de los pies y arrimar la cara á la pared hasta pegar á ella uno de sus ojos.

— Señora, — dijo con voz grave volviéndose hacia la de Aubinesco; — Dios haga que la insistencia de usted

y mi indiscreción no sean causa de una desgracia.

— ¿De una desgracia? A ver, explíquese usted, hija mía, porque no comprendo...

— Es muy sencillo. Ese tesoro de la Misericordia amasado con sangre y lágrimas atrae las lágrimas y la sangre. He cometido una falta sencillamente imperdonable. El secreto del tesoro, que otros han sabido guardar más de un siglo, yo lo he divulgado menos de veinticuatro horas después de estar en posesión del mismo... En fin, ya no tiene remedio la cosa. Si ha de haber una víctima, que sea yo, es todo cuanto deseo.

— Pero, hija mía, — gritó alarmada la vizcondesa; — observe usted que nos tiene con el alma en un hilo; ¿dónde ve usted ese peligro de que nos habla?

— Aquí, señora; — replicó Amy señalando con el dedo al papel del tabique, como á dos metros de altura del suelo.

Todos la miraron sin comprenderla, esperando de ella una explicación á sus enigmáticas palabras. Sólo la impresionable Yvona temblaba teniendo miedo de comprender lo que aun no comprendían los demás.

— El secreto del tesoro ha salido de este gabinete, — continuó la joven con voz sorda. — Nos han oído, nos han espiado; la prueba está aquí, en este agujero, acabado de hacer con una barrena.

Y al decir esto señalaba con el índice el mismo punto del tabique.

— ¡Pues, señor, tiene gracia! — dijo de pronto una voz, al oír la cual se volvieron todas las cabezas. Era la del camarero que acababa de entrar con la cuenta sin que nadie se fijara en él.

— ¿Y qué es lo que tiene gracia, *bull-head*?

— Que todo el mundo anda esta noche mirando por los tabiques. Los que estaban en el gabinete de al lado les han espiado á ustedes mientras que otra persona á su vez los espiaba á ellos.

— ¿De veras?

— Como lo oye el señor. Y cuenta que la personita de color de canela que atisbaba á los dos individuos y que salió antes que ellos para esperarles fuera sin duda, me parece que no ha de tener muy buenas pulgas.

V

DOS AGUJEROS DE BARRENA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Quando después de separarse de sus dos compañeros frente al café americano uno de los tres embozados que vimos salir del baile de la Opera tomó por la calle de Luis el Grande, no pudo fijarse, como es natural, en la mujer que se escondía tras el kiosko de periódicos y mostraba su puño en actitud amenazadora; y aunque se hubiese fijado en ella no habría hecho el menor caso porque ciertas licencias le están permitidas tácitamente á todo aquel que se disfraza. Además, el hombre se hallaba por otras razones hondamente preocupado, hasta el punto de que mientras iba andando pensaba en voz alta, sin curarse de si algún pasante podía ó no escuchar lo que decía. Y lo que decía era esto:

— Todas las perlas pescadas durante un año en Manaar no significan nada, como valor, comparándolo con el del informe que voy á procurarme ahora, como el demonio no se ponga de por medio. ¡Conque usted, señora Aubinesco, futura tía mía, siente comezón de conocer el secreto del tesoro de la Misericordia!... pues sepa usted que su impaciencia no es tan grande como la mía, porque yo soy el heredero frustrado de esa fortuna anegada á causa de un accidente, ó tal vez por obra de una mano criminal... Dos veces he estado ya á punto de alcanzarla; una cuando imploré á papá